

POR DÓNDE EMPEZAR

Regreso a España, tras unos meses, y además de encontrarme con que nada ha cambiado, me veo asaltada por un montón de informaciones y no sé por dónde empezar. Un aluvión de términos que expresan acciones diversas cae sobre mis oídos o se desparrama ante mis ojos, sin que sepa muy bien a dónde acudir.

Por alguna parte hay que empezar. Intentando ordenar el discurso, me vienen a la memoria las palabras de un colega que hace al menos quince años me dijo, muy cargado de razón, que ‘las ideologías estaban obsoletas, que habían desaparecido’. Es muy posible que aquello lo hubiera leído en News Week, revista a la que estaba suscrito y de la que, luego lo descubrí, obtenía la mayor parte de sus ideas geniales.

A aquella *boutade*, -perdón por ser tan pedante- sólo pude responderle que sin ideología no se va a ninguna parte. Es cierto, años después lo mantengo y no sólo eso, lo confirmo. Otra cosa es que las ideologías vayan en una dirección u otra y que ninguna de ellas cuente en la actualidad con un pensador brillante y creativo que sea capaz de adaptarlas a los nuevos tiempos y exigencias.

No cabe duda de que nos gobierna un partido de derecha, con su ideología correspondiente. Bien, así lo ha votado una mayoría de ciudadanos que, fiados en las promesas típicas de bajada de impuestos y de respeto reverencial al bolsillo privado, se sintieron atraídos por el discurso, consideraron cómo andaban sus cuentas corrientes y decidieron que eso era lo mejor para cada uno de ellos, como individuos. Les faltó considerar que, en una sociedad, se trata de pensar en el bien común y no sólo en el beneficio propio. Pero estos son detalles que se escapan con frecuencia a la consideración de los votantes y creen que no están votando a la derecha más recalcitrante, sino que están votando a un centro moderado, de orden y buenas costumbres, de las de toda la vida, que va a respetar sus valores y principios y además tiene palabra.

Pues bien, no ha sido así. Resulta que se incumplen todas las promesas, echándole la culpa a todo menos a su propia ideología. Se privatizan la sanidad, la educación, los servicios, las prestaciones sociales desaparecen a marchas forzadas, se apoya incondicionalmente a la banca que desahucia de sus casas a los morosos en paro, se toleran las triquiñuelas para dejar en agua de borrajas normas de pronto pago, etc., etc., etc.

Pero, ¿dónde están los votantes indignados porque les han engañado? Me da la impresión de que quienes protestan no son precisamente los que los auparon a una mayoría absoluta, sino el resto de los seis o siete millones de españoles que no les dieron su voto. Pero estos, atomizados en mil y una plataformas, no son capaces de detener todo ese desaguizado.

Como me he dedicado a la enseñanza durante más de cuarenta años, he podido efectivamente contemplar el deterioro progresivo de los niveles de la misma. Estando en la atalaya de la educación superior he comprobado, efectivamente, que a la universidad llegaban personas, no era culpa de ellas, que jamás habían leído un libro, que no conocían las más elementales reglas de ortografía, que la sintaxis les parecía un arcano y además innecesaria. No sé lo que pasaba en las Facultades de ciencias, pero en las de humanidades el nivel, salvo excepciones, era de la peor primaria en muchos aspectos.

Esos estudiantes, en su vida profesional, se han tenido que dedicar a cualquier otra cosa, porque no habían alcanzado un nivel de competencia suficiente para ser profesionales de su carrera, aunque esta sea tan fácil (según algunos) como una Filología. En este reino de los ciegos, por supuesto el tuerto era rey. Así, muchos jóvenes entraron en la universidad en los últimos diez o doce años y tampoco reunían mínimos de competencia, pero como al menos escribían derecho en el folio, pues sacaron su plaza o su contratito basura o su eterna beca. Muchos han llegado a los cuarenta años o más, sin pasar de ese estadio de eternos meritorios. Nadie ha hecho nada por corregir esa aberración.

Pero el deterioro de la educación, que no es sólo aprender las cuatro reglas y a leer, no se nota únicamente en la Universidad. Se nota en la calle. Los jóvenes vociferan, no saben caminar por su derecha en las aceras, especialmente en las estrechas, tiran la basura al suelo, te meten las varillas de los paraguas en los ojos, llevan las mochilas a la espalda y no parecen valorar que donde hay un cuerpo no cabe otro, ley elemental de la física. No saludan al entrar en un sitio cerrado como un ascensor, por ejemplo. Te tutean o no saben responder a una simple pregunta.

Los más pequeños son los amos del espacio, se suben a los sillones con los zapatos puestos, aunque no estén en su casa, reclaman a gritos lo que desean, se tiran al suelo enrabiados, y no reciben a cambio más que una frase como: Fulanito, estate quieto. Frase que ignoran olímpicamente, porque, por supuesto no va acompañada de una mirada fulminante ni de un gesto amenazador, vaya a ser que encierren a los padres por maltratadores.

Todos ellos, además, están frustrados, son inestables y piensan que el mundo y la vida los ha engañado, por eso se dedican con fruición a ir de un lado a otro, participando en las actividades más peregrinas o se aíslan en sus juegos informáticos y creen a pies juntillas en la ‘vida virtual’.

Pero los mayores no dan ejemplo. Años criticando las hipotecas con suelo y ahora, por fin se caen del guindo (no es alusión al ministro) y piensan que quizá haya que suprimirlo. Se plantean que los paraísos fiscales están feos –han sido siempre indecentes ¿o no lo sabían?- y tratan de eliminarlos. Es curioso que se den en estados independientes o pertenecientes al Reino Unido, pero que tienen el tamaño de una lenteja y que, si no tuvieran esos bancos opacos, no podrían subsistir ni sembrando tomillo en cultivos intensivos, pues ¿qué produce Liechestein si no cuentas de banco blindadas o Suiza a parte de relojes de cuco y chocolate o la isla de Jersey, que debe ser muy abrigada?

¿Quiénes son los propietarios de esas cuentas? Pues, es muy fácil: Todos los que deberían dar ejemplo de bien hacer y decencia. Es decir, los banqueros, los políticos, los empresarios, algunos privilegiados de la clase de la farándula y pocos más.

¿Cómo van a ser educados, corteses, cívicos, competentes y productivos los demás, si no hay quien les valga de modelo?

La derecha imperial, en tiempos antiguos, tenía conciencia aristocrática y su papel era el de dar ejemplo, al menos eso enseñaban los griegos, claro que hace de eso mucho. Ahora, esa derecha, de centro o sea de nada, no puede dar ejemplo ninguno, porque son ellos mismos los que forman parte de la corrupción, de las evasiones, de los fraudes, de favorecer a los poderosos para afianzarse en el poder y despreciar a los débiles para los que deberían trabajar y a los que deberían mostrar el camino.

No me parecen mal las reválidas, pero la cosa no está ahí. Dejen de ser unos chorizos, vendidos al árbol que mejor sombra da, y pónganse a dar ejemplo de respeto a la cultura, a la sabiduría de los pueblos, a la decencia y el bien hacer. Verán como todos marchan más contentos y sobre todo más informados.

No me parece mal que se enseñe religión, la que sea, siempre que se haga desde la historia, desde la explicación de dogmas y ritos, no de devociones y moralinas falsas. Den ejemplo los clérigos de entrega, de austeridad, de defensa de los pobres, etc., etc., y verán cómo nadie desprecia la religión. Creen verdaderas comunidades solidarias y verán cómo algunos se maravillan y dicen aquello de ‘sabemos que son cristianos, por ejemplo, por cómo se aman’.

Todas las religiones tienen una sabiduría detrás y proveen a sus adeptos de esperanza y solidaridad. Pero el ejemplo de las instituciones religiosas y el de muchos de sus ministros, y no me refiero sólo a la iglesia católica, sino a **todas**, es cuando menos contradictorio y rechazable, especialmente cuanto más alta sea la jerarquía.

No me parece mal que se enseñe una 'religión cívica', pero el mejor predicador es 'fray ejemplo'. A eso voy. Si los que tienen el poder, los que están en el candelero, los que tienen el dinero, se comportan como vándalos ignorantes y prepotentes, entonces, ¿qué esperar de los ciudadanos de a pie?

Por otra parte, la humanidad siempre ha avanzado a golpe de la voluntad de personas de bien que se han echado al mundo a señalar los defectos de las sociedades, han dejado su vida en ello, se la han jugado y han terminado medio mal o mal del todo. ¿No es un desprecio a esa sangre y lucha el ignorarla y pasar por encima de logros adquiridos para el bienestar de todos?

¿Cómo se atreven a seguir siendo machistas, después de todas aquellas 'locas sufragistas' vilipendiadas y que tanto bien hicieron? ¿Cómo osan ignorar a aquellos sindicalistas que consiguieron salarios dignos y jornadas laborales razonables, jugándose la vida y la de sus familias?

Pretenden que seamos competitivos, favoreciendo el amiguismo. Quieren que seamos creativos y emprendedores, sin el más mínimo apoyo, y mientras colocan sus dineros en islas artificiales. Creen que se puede favorecer una educación de calidad negando un salario justo a los profesores, tratándolos de vagos y ninguneándolos ante la sociedad. Echan a la calle a sanitarios con experiencia y convierten la salud en un negocio para que se lucren algunos que probablemente forman parte de su mismo árbol genealógico. Nepotismo se llama eso. Niegan sus corruptelas cuando hace rato que tienen el culo al aire (con perdón). En fin que dan de todo, menos ejemplo.

Sin embargo, una cosa me admira sobremanera de la actitud y las formas de nuestros políticos, especialmente de aquellos que están en el poder: Son capaces de decir las mayores atrocidades sin sonrojarse. Son capaces de decir vaguedades manifiestas y contradecirse, en lo que claramente se asemeja a mentir, sin que se les altere la voz ni el gesto. El otro día, en la TV, el primer mandatario de este país, reunido con sindicatos y empresarios –cosa que no sirvió para nada- sonreía a diestro y siniestro y los demás le devolvían las sonrisas. Me acordé del chiste de Jaimito y la hiena.

En fin, podría seguir, porque si al comienzo no sabía por dónde empezar, ahora no sé por dónde acabar ante tanta desvergüenza y atrocidad que está sumiendo en la

pobreza a la clase trabajadora, a la clase media y a los jóvenes. No se dan cuenta, estos señores, de que están matando a la gallina de los huevos de oro.

También me recuerdan una anécdota que contaba mi padre acerca del loco de su pueblo. El tal Elías gritaba por la aldea ¡Ojalá os muráis todos! Cuando le preguntaron por qué quería liquidar a todos los habitantes del pueblo, contestó: Para ser yo el alcalde.

Esta derecha, de centro dicen, es como el loco Elías. Mientras la supuesta izquierda nos sale anticlerical y decimonónica, desempolvando ideología en lugar de remozarla, y la otra mira al techo y silba o propone estupideces. ¡Señor! ¿Cómo se puede decir que la ideología está muerta, si están resucitando la de hace dos siglos a bofetones?

¡Viva Fernando VII!